



1859/133 AAK

GRANDES VIAJEROS DE LA HISTORIA

DICEN que el chileno se acostumbró a viajar en los tiempos de Pino, Bulnes y Mont, los años del «Chile clásico», periodo en que se formó el carácter nacional. El chileno, desde entonces, quedó «pata'e perro». Según el sociólogo Hernán Galdames Lirio, «fueron miles los chilenos que se lanzaron al mar, hacia la aventura de California, los que se convirtieron en cauderos buscaminas, los que avanzaron en los valles ultracosteros, los que partieron al Perú a proseguir la extensión de las vías ferroviarias, o los que se embarcaron como marineros hacia Oceanía, Australia y China en los barcos que construyeron armadores chilenos».

De esos miles, la figura más simbólica es la de Vicente Pérez Rosales, que coincide, según Ricardo Latchaer, «con la expansión más agresiva de la nacionalidad, es un momento de plenitud posterior a Pío Nono».

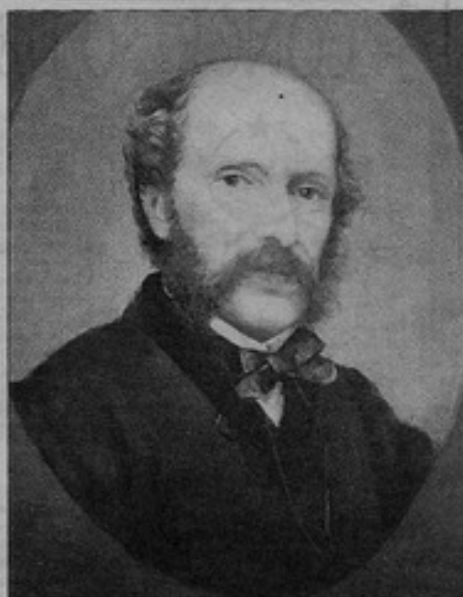
Tenía Pérez Rosales el destino marcado. Mientras su tío Francisco Javier Rosales avanzaba en su brillante carrera diplomática, o su primo José Joaquín Pérez tomaba ya el camino que lo llevaría a la presidencia de la República, todo se concentraba para que el joven Vicente fuera distinto.

Son muchas las casualidades: que su padre murió muy joven y de niño tuvo que crecer con otros parientes; que a su madre la apresó San Bruno; que su abuelo fue deportado a Juan Fernández por los malistas; que a los 11 años le tocó asistir al fusilamiento de los Carrera en Mendoza; que a los 14 lo abandonaron en una playa de Brasil... No está muy claro el porqué de este episodio, la razón que tuvo su familia materna para embarcarlo —más o menos a la fuerza— en una fragata inglesa, porque que Vicente, eso sí, no era de carácter fácil. En todo caso, José Spence, comandante de la nave, lo trató con brutalidad y lo dejó en una playa que existe frente a Río de Janeiro. Tuvo la suerte que María Graham, la ostenible viajera inglesa, lo tomara a su cargo y lo trajera de vuelta.

Pero le quedó guardando el resentimiento. Envió a estudiar al famoso Colegio Hispanoamericano de París, donde conoció a americanos tan notables como San Martín, Bolívar y Gálvez, aprendió a soltar con nuevas horizontes. Y de paso vivió su primera aventura efímera: con la bella Inés García de 17 años, luego famosa como «la Divina Malibina». De regreso naufragó su barco y debió quedarse un tiempo en las Malvinas.

Ya en Chile trató de sentar cabeza, pero a su manera: amando un hundo sin éxitos, destiló alcohol hasta que lo multaron, practicó como médico herbolario, actuó en teatros, vendió alfileres que eran obra maestra, buscó oro en Colchagua y terminó contabilizando ganado en la Patagonia, amigo de indios y cuarteros. Su familia estaba ahorrando.

Al fin se vino a Santiago donde fundó un diario y recibió la oferta de ser intendente de Acapulco. Pero quería nuevos aires.



Don Vicente: El chileno le tuvo a los puertos de la muerte.

Viajero desde niño, padre de los trotamundos chilenos, explorador de Valdivia, nómada en Europa y buscador de oro en California, representa fielmente el espíritu audaz de nuestros compatriotas de mediados del siglo pasado.

Texto: Miguel Laborda

PEREZ ROSALES: EL GRAN PATA'E PERRO

Se fue de caudero al Norte, y allí le dejó la voz que estremeció las costas del Pacífico las noticias del oro de California. Tenía 41 años cuando salió. No se hizo rico como otros, pero su sed de aventuras se calentó al año siguiente, en 1848, estaba de regreso.

Menos joven, aceptó unir sus viajes con un largo hijo, como agente colonizador para los alemanes en el Sur. Allí pudo explorar la provincia valdiviana, instalar los primeros colonos en la Isla Teja, fundar Puerto Montt, ser intendente y encontrar un nuevo pretexto para seguir viajando...

Partió a recorrer toda Alemania, defendiendo en cada ciudad las virtudes del Sur de Chile. Por supuesto, como estaba en Europa, aprovechó de ir de un país a otro. A su vuelta hipotecaría a sus auditores contando de sus reuniones con Humboldt, el emir Káiser, la prima del zar o el duque de Medinilla.

Enfermo de cólera, estuvo al borde de la muerte. En 1869, sin embargo, llegó a Santiago con una serie de diplomas que lo acreditaban como miembro honorario de famosas sociedades culturales de Europa.

Sus últimos años fueron prolíficos en



Plaza de Valdivia: Transformó el comercio en una ciudad que acogió a los alemanes.

teínas y distinciones, como intendente de Concepción, senador y presidente de la Sociedad de Fomento Fabril. Al fin, la patria le sometió al eterno viajero, pero entonces tuvo el placer de ver salir tres ediciones de sus «Recuerdos del Pasado», libros con el que había viajado, en la inauguración, a millones de chilenos.

Allí escribió del chileno manso y sumiso, que viajando se vuelve distinto, orgulloso y altanero, y de todos los compatriotas que encontró tanto «en las encantadas playas de California», como en los caminos de Europa, los marfiles de Buenos Aires, las catedrales de Hamburgo o «en las temibles olas del Báltico».

Pérez Rosales, el gran pata'e perro [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pérez Rosales, el gran pata'e perro [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile